

LAS DOS FAMILIAS: LA SUSTITUCIÓN DE LAS RELACIONES PRIMARIAS EN TRES RELATOS DE VIDA DE MIEMBROS DE PANDILLAS SALVADOREÑAS

MARIO ZÚÑIGA NÚÑEZ

...mis sueños pues me los habían tirado por un lado, yo era un niño y yo no tenía la culpa de lo que estaba pasando, ni sabía que era lo que estaba pasando, no tenían porqué hacerle eso a uno también, si los adultos andan en su joda es su joda. (Héctor)

Hasta hace muy poco tiempo, los mayores podían decir: “¿sabes una cosa? Yo he sido joven y *tu* nunca has sido viejo” Pero los jóvenes de hoy pueden responder: “Tú nunca has sido joven en el mundo que yo lo soy y jamás podrás serlo”. Esta es la experiencia común entre los pioneros y sus hijos. (Margaret Mead, Cultura y compromiso: Estudio sobre la ruptura generacional)

INTRODUCCIÓN

Una y otra vez, mientras realizaba mi trabajo de campo en El Salvador, surgió un ligamen directo entre pandilla y familia: la pandilla se narraba como una *familia sustituta*. Este ligamen entre pandilla y familia es resaltado en otras investigaciones sobre estos grupos tanto en Centroamérica (Cruz, 2005; Demoscopía, 2007; ERIC, IDESO- UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA, 2001; Rodgers 2003; Smut y Miranda, 1997) como en Suramérica (Cerbino, 2004; Salazar 2002) y La frontera norte Ángeles (Valenzuela, 2007); acá tratará de dársele énfasis a un aspecto no abordado en las investigaciones anteriores: entenderá la sustitución de la familia por la pandilla como

fundamento de una *institucionalización alternativa*. Esto surgió de las declaraciones cuando preguntaba por este vínculo a dos de mis informantes clave en algún momento y su respuesta sintetiza de manera clara el problema que quisiera exponer en este capítulo:

“Moderador: ¿qué significa la pandilla en la vida de una persona?

Participante 1: la pandilla para mí personalmente [...] significa como una familia, una familia unida, estar unidos, todos nosotros nos respetamos, respetar a la pandilla, y estar unidos y ver la espalda entre nosotros pues.

Participante 2: es como una hermandad, se maneja como una hermandad, como una familia. La mayoría la tomamos así verdad porque es la única familia que encontramos, después que ya estamos dentro de la pandilla que es nuestra única familia nosotros nos consideramos hermanos que estamos apoyándonos en las buenas en las malas, lloramos, reímos juntos, compartimos diversidad de cuestiones. Nos preocupamos [...] porque si a uno le falta algo vemos como hacemos pues para darle las cosas [...] Siempre un respeto que se mantiene [...] es algo que nace en el corazón, el respeto y todo, o sea para todos por igual.”

Me parece que esta manera de enunciar lo que ellos llaman “familia” plantea elementos fundamentales para la teoría social, y en particular, para el estudio de las relaciones primarias entre las pandillas. Generalmente, cuando hablamos de familia, tenemos en mente una estructura de socialización que se basa en la jerarquización y distribución de roles de género y edad a partir de la subordinación generacional. Esta distribución se basa en la idea de la familia nuclear occidental que se impone como estructura performativa en nuestras sociedades. Pero lo que tenemos en la declaración de mis informantes es una “familia” basada en el vínculo de una sola generación y además basada en el ideal de “igualdad” (que evidentemente contradice muchas de las prácticas de pandilleros y pandilleras). Pero ¿qué ocurre con la familia biológica de la estas personas? ¿Cuál es la relación entre la familia biológica y las pandillas? ¿Cómo se vive este proceso en los relatos de pandilleros y pandilleras?

Partiendo de estas preguntas expondré los vínculos problemáticos que existen entre estas dos “familias”, utilizando tres relatos de vida que obtuve en el trabajo de campo. Voy a centrarme especialmente en la etapa de la niñez hasta la entrada a la pandilla (que en los tres relatos se ubica en la adolescencia temprana). El artículo se dividirá en cuatro secciones, la primera de ellas hará una presentación de los sujetos con los que se trabajará y alguna descripción de la metodología con la que se ha trabajado. En la segunda sección se presentará una discusión sobre el abordaje del problema del relacionamiento primario en las ciencias sociales y se aprovechará para proponer un abordaje que adaptado al dilema que se quiere elucidar, tomando como punto de partida la realidad salvadoreña sobre el relacionamiento primario. En un tercer apartado se expondrán los relatos de vida en lo que tiene que ver con el proceso de sustitución del relacionamiento primario en la familia biológica hasta llegar a la pandilla. Por último se expondrá, a manera de conclusiones, algunas ideas puntuales que surgen a raíz de la discusión de esta problemática en lo tocante a los conceptos de cultura, institucionalización y sujeto.

1. SUJETOS DE INVESTIGACIÓN Y RECOLECCIÓN DE LOS DATOS

Este artículo se basa en los relatos de vida de dos pandilleros “calmados” y uno activo a quienes denominaremos Katia, Mauricio y Héctor respectivamente (“Calmados” y “activos” es una categorización que surge de las pandillas que habla de la relación entre la persona y los actos de violencia que comete). Es importante remarcar que los nombres que se utilizarán son ficticios, así mismo, han sido modificados o suprimidos algunos datos de identificación para preservar la integridad de las personas que dieron los datos para esta investigación.

Para introducir la temática, se presentará a continuación un recuento sumario de los hechos más relevantes de la vida de estos pandilleros haciendo énfasis en las relaciones primarias del periodo que se pretende estudiar, a saber, de la niñez temprana a la adolescencia (excluyendo el relacionamiento primario en otras etapas

vitales). Se ha profundizado esta etapa porque es en ella donde justo ocurre el tránsito entre las dos “familias” que narran las y los pandilleros. El grupo focal al que me refiero al inicio fue realizado con Katia y Mauricio en un momento posterior a cuando tomé sus relatos de vida (14 de febrero 2008).

La técnica que se utilizó para la recolección de información es la denominada *relato de vida* que se diferencia de la *biografía* o la *historia de vida* en la medida que, la primera, se entiende un ejercicio institucionalizado que se realiza con personajes de la vida pública a manera de ejemplificación. La segunda como un esfuerzo de recolección de una vida que implica además el complemento de documentos sobre esa vida (artículos de periódico, fotografías, etc.). En el caso de los “relatos de vida”, estos se dedican a: “...examinar una vida o parte significativa de esta , tal como es contada por los individuo.[Es decir]... una invención concebida como construcción o reconstrucción de las vivencias individuales” (Dezin, 1989, citado en Rojas, 2004). Lo cual permite adentrarse en los laberintos de la vivencia profunda y las asociaciones libres sin la tutela de documentos externos que determinen si la persona “tiene razón o no la tiene”.

El relato de vida de Katia fue obtenido en 2007 entre el 22 y 23 de enero, ella pertenece a la padilla Barrio 18 St (denominada popularmente como “la 18”). Nació en un barrio periférico de San Salvador (ha vivido toda su vida allí salvo un corto periodo). Vivió una niñez en la que constantemente salía y entraba de la pobreza, este hecho dependía de si su madre estaba acompañada o no de algún hombre que apoyara el sustento del hogar. Tuvo algún periodo de estabilidad económica cuando su madre convivió con un militar que se dedicaba además al contrabando ilícito de mercancías. Katia adoptó a este hombre como padre y él se ganó su confianza, pero más adelante en su vida ella se dio cuenta que él había utilizado esta confianza para violarla, alrededor de los ocho años. Su padrastro finalmente terminó en la cárcel por contrabando y allí lo asesinaron. Su padre biológico, a quien no había conocido, pareció en esta etapa y su madre la forzaba a ir a su casa para que le diera dinero. Esto provocó un intenso desgaste de la relación primaria que le indujo a una crisis que se manifestó primero como adicción a las drogas (pastillas principalmente) y

posteriormente con el ingreso de la pandilla. Ingresó a “la 18” a la edad de 13 o 14 años. Quedó embarazada a los 15 años de otro pandillero con quien tuvo otra hija dos años después. En la actualidad se ha calmado y tiene un empleo remunerado que le permite una existencia modesta, cría a sus hijas en un barrio popular de San Salvador y se siente fuertemente identificada con la pandilla, al tiempo que evita caer en problemas con la ley. Tiene alrededor de 30 años.

Mauricio fue parte de una pandilla de Los Ángeles llamada “Peaceful varrio norwalk”, me relató su vida el 8 de febrero de 2008 en una larga sesión. Nació en San Salvador y vivió allí hasta los 8 años de edad junto con su madre, siendo él el segundo de tres hermanos. No conocería a su padre hasta tiempo después. Se trasladó de El Salvador hacia Los Ángeles a una edad muy temprana dada la violencia provocada por la Guerra Civil, el hombre que vivía con su mamá fue asesinado por motivos políticos, por ello su familia materna lo trasladó hasta Estados Unidos, pero allá, le encargó su crianza a su padre a quien tuvo la oportunidad de conocer hasta ese momento. Un par de años después de su llegada a Estados Unidos llegó su madre, con quien vivió a partir de ese momento. En este periodo su hermana menor (5 años) fue asesinada en su presencia mientras dormían en un pequeño apartamento donde vivía con sus hermanas y su madre. Tiempo después (tal vez a los 12 o 13 años) se unió a la pandilla pese al airado reclamo de su madre. Al final de la adolescencia, tuvo una hija y se “acompañó”¹ con la mujer que era su novia en ese momento. Por un tiempo vivió bajo el techo de sus suegros gestando una nueva familia y siguió asistiendo con cierta regularidad a las actividades de su clicca², hasta que cayó preso y fue posteriormente deportado a El Salvador. Allí se acompañó con otra mujer con la que ha tenido tres hijos. En la actualidad tiene un sueldo modesto que le permite mantener a su familia. Ronda los 35 años.

¹ En El Salvador se utiliza la expresión “se acompañó” o el verbo “acompañarse” para designar la unión de pareja bajo un solo techo en unión libre.

² Clicca: la unidad geográfica básica de la pandilla. Representa una pequeña unión barrial que se compone de varios pandilleros que defienden el territorio, controlan el narcomenudeo, etc.

Por último Héctor, que es miembro de la Mara Salvatrucha 13 (o MS13) desde que tenía unos 16 años. Tuve contacto con él entre el 2 y el 5 de febrero de 2008. Nació en San Salvador y vivió allí un tiempo pero luego su familia se trasladó a una zona rural, donde viviría con alguna holgura económica. Héctor se reivindica como miembro fundador de la MS 13 en Los Ángeles. En su niñez perdió contacto con sus padres luego de que el Ejército Salvadoreño arrasara con la comunidad en la que vivía, lo cual lo motivó a integrar las filas del FMLN. Como miembro de esta agrupación guerrillera, fue seleccionado para infiltrar al ejército cuando todavía no contaba con catorce años, ingresó exitosamente al ejército por un tiempo pero al tiempo fue descubierto. Habiendo sido descubierto como infiltrado sufrió un largo periodo de torturas hasta que pudo escapar hacia Guatemala. Allí pidió asilo en la embajada de los Estados Unidos, país donde se refugió. Fue en Los Ángeles donde conoció a sus primeros *home boys*³ y se integró a la pandilla. En una de sus actividades con la pandilla fue arrestado luego de una pelea callejera. Luego de un largo periodo en la cárcel lo deportaron hacia El Salvador, donde vive hoy. Según dice nunca tuvo una esposa ni se acompañó con ninguna mujer, tiene una hija de unos 20 años que no conoce. Hoy tiene alrededor 40 años.

2. RELACIONAMIENTO PRIMARIO Y ESTUDIO DE LA SOCIEDAD

La literatura existente sobre relaciones primarias es basta e intrincada. Por ello he acotado esta discusión a una serie de autores que me parecen relevantes para analizar estos casos. La relación primaria puede ser entendida como *socialización primaria* en la perspectiva de Berger y Luckman (1972, pp. 164- 174) que basan la mayoría de su aporte, para este tema en específico, en la teoría del *interaccionismo simbólico*. Otro enfoque es el del *grupo primario*, elaborado desde Centroamérica por Martín- Baró (2004, pp. 229- 304) que dialoga y problematiza el enfoque de la psicología social

³ *Home boys* y *home girls*: son denominaciones traídas desde Los Ángeles que se utilizan en las dos pandillas (MS 13 y Barrio 18St) para designar a los compañeros y compañeras de pandilla. También se utiliza la palabra *homie* o en algunos casos *bato*, también de influencia chicana.

norteamericana en lo tocante al “pequeño grupo”. Un tercer enfoque es el Pierre Bourdieu (2007, pp. 126-138), quien hace una problematización de la categoría de *familia* en un diálogo crítico con la etnometodología. En cuarto lugar se encuentra el punto de vista historiográfico expuesto por Gil (2007, pp. 22-103). Por último se tienen las aproximaciones antropológicas que se puede subdividir en tres: la de los estudios de parentesco que sistematiza Robichaux (2007, pp. 27-77), la de de género que expone Bastos (2007, pp. 103) y la intergeneracional que expone Mead (1997).

En las diferentes aproximaciones este tipo de relación recibe designaciones como socialización, grupo o familia. Para este trabajo trataremos de utilizar la designación de *relación primaria* que amplía el concepto lo suficiente como para dialogar con los diferentes marcos categoriales que se acaban de mencionar. Discutiré algunos de los puntos de los diferentes acercamientos para terminar con una propuesta que permita interpretar los relatos de vida que tienen como telón de fondo varias tendencias de la cultura salvadoreña contemporánea: la interacción transnacional producto de la migración, una fuerte segmentación de las relaciones de género según los criterios patriarcales y una separación en vínculos primarios entre las generaciones de padres e hijos que tiene como antecedente fundamental la Guerra Civil que asoló este país de 1980 a 1992.

2.1. RELACIÓN PRIMARIA Y FETICHIZACIÓN

En un momento de su análisis Berger y Luckman (1972, pp. 170- 172) plantean que para niños y niñas que viven la socialización primaria:

...no existe ningún *problema* de identificación, ninguna elección de otros significantes. La sociedad presenta al candidato a la socialización un grupo predefinido de otros significantes a los que debe aceptar en cuanto a tales, sin posibilidades de optar por otro arreglo [...] Hay que aceptar a los padres que el destino nos ha deparado. Esta desventaja injusta inherente a la situación de hijo tiene la consecuencia obvia de que, aunque el niño no

sea un simple espectador pasivo del proceso de socialización, son los adultos quienes disponen las reglas de juego.” (subrayado del original)

Cuando releía el relato de Héctor me quedé pensando en esta idea de Berger y Luckman. Un niño queda de repente en medio del monte en El Salvador, sus padres y su familia desaparece y no le queda de otra que sumarse a las filas de la guerrilla ¿no plantea esto un *problema* de identificación? Es cierto que eran adultos los que estructuraban todo su campo de acción, pero eso no quiere decir que el mundo se le presentara como un problema resuelto. Desde su adultez Héctor problematiza este periodo: “...yo era un niño y yo no tenía la culpa de lo que estaba pasando, ni sabía que era lo que estaba pasando, no tenían porqué hacerle eso a uno también, si los adultos andan en su joda es su joda”.

Es un hecho que Berger y Luckman no tenían en mente la niñez de Héctor cuando elaboraron su teorización, pero entonces ¿qué niñez tenían en mente? Tal vez las de ellos o las de sus hijos, sería probable en todo caso pensar que tenían en mente un tipo niñez donde la identificación no era un *problema*, pero acá lidiamos justo con lo contrario. El relacionamiento primario de Katia, Héctor y Mauricio está cargado de lo que los autores llaman *problemas*, es decir de elecciones de acuerdo a circunstancias propias de sus condiciones de vida: pobreza, migración, hacinamiento, abusos sexuales. Todo ello ha llevado a los tres a vivir la niñez llena de *problemas* con el agravante de tenerlos que resolver en un campo de poder siempre marcado por las personas adultas. Son prácticas de niñez en las cuales la autoridad adulta no elimina los problemas de identificación, sino que los agrava e inhibe la posibilidad de solución que los niños y niñas formulan.

Ver a la niñez como un periodo *resuelto* es un tipo de idealización de los tantos que abundan en las teorías consultadas (Bourdieu, 2007, pp. 128-129). Por lo general se recurre a una imagen fetichizada de la institución familiar, marcada por la idealización de los roles que impone la unidad doméstica patriarcal. Así, las generalizaciones abstractas y naturalizadas son comunes, y de ello se derivan argumentos cargados de normativas morales (Martín- Baró, 2004, p. 276). Ha sido

curioso en este proceso, estar repasando un discurso científico y topar de repente con una argumentación moral propia de un púlpito, es una especie “deber ser” que acompaña las reflexiones sobre relaciones primarias.

En los estudios sobre pandillas se encuentran un par de ejemplos. En un trabajo de Cruz (2005, pp. 1172) donde se sistematiza el conocimiento sobre pandillas realizado hasta ese momento en El Salvador, el apartado de la familia se denomina “Familias problemáticas” y comienza con esta afirmación:

“Si hay un factor que se puede considerar como una de las causas más *importantes y decisivas* para que un niño que está a punto de convertirse en adolescente y en adulto se convierta en pandillero, se vuelva *extremadamente violento* y termine siendo un *criminal de carrera*, ese factor es la familia” (subrayado mío)

El apartado tiene tres adjetivos para definir a las familias que cuentan con hijos integrantes de pandillas: problemáticas, disfuncionales y negligentes. La descripción-prescripción del análisis es evidente desde el punto de vista crítico pero esta naturalizada para el autor. Lo está a tal punto que no cae en cuenta que su afirmación contrasta decididamente con el resto del trabajo que intenta explicar, mediante lo que el autor llama un “modelo ecológico”, la multiplicidad de causalidades y variables que influyen en el problema de las pandillas. Producto de esta naturalización, el discurso científico, al abordar analíticamente las relaciones primarias se torna soliloquio moral. Y esto es lo que permite referirse a las familias biológicas de pandilleros y pandilleras con adjetivos peyorativos que las califican como: creadoras de problemas, holgazanas, y no “funcionales” (que bien podríamos traducir como *no reproductoras del orden existente*). Una vez superado el punto de la familia, el discurso científico vuelve a su cauce habitual de “neutralidad valorativa” y el modelo ecológico se reestablece.

El mismo fenómeno ocurre con un informe del PNUD (2005, pp. 314-315), donde el discurso científico es interrumpido por un ejemplo moralizador centrado en una joven llamada “Marcela” que recibió a un hermano menor en los Estados Unidos y “terminó con un problema mucho mayor”. Dado que Marcela no pudo dar la atención que

necesitaba a su hermano “Comenzó a relacionarse con algunos jóvenes del vecindario y pronto su apariencia y semblante comenzó a cambiar”. La historia luego de inducir maliciosamente algunas relaciones termina con una tragedia:

“Aunque Marcela se avergonzaba de decir la verdad sobre las actividades a las que se dedicaba su hermano, un día tuvo que aceptar que había sido arrestado [...] Tristemente, el joven regresó a El Salvador sin cambiar sus patrones de conducta y se unió a su llegada a un grupo delincuencial [...] y fue posteriormente asesinado en un tiroteo”.

Como en el caso anterior, el discurso analítico de las Ciencias Sociales se reestablece después del alegato moral. Este fenómeno, que ocurre tanto en textos de teoría como en resultados de investigación científica, pone en evidencia el problema que existe en la ciencia social de abordar el *relacionamiento primario* más allá de la jaula performativa que impone la moralidad. El argumento moralizador se basa en el criterio abstracto de que la familia nuclear patriarcal clasemediera, es una especie de ideal abstracto, con el cual se debe medir todo tipo de formaciones familiares. La familia en estos análisis se convierte por momentos en una institución fetichizada y monolítica.

Si abordara los relatos de Katia, Héctor y Mauricio con este criterio analítico, tendría como producto una serie de regulaciones morales incumplidas y una baja calificación para personas que “han perdido los valores”. A continuación voy a proponer un abordaje que permita leer un poco más allá de la *falta* o la culpabilización.

2.2. RELACIÓN PRIMARIA Y PROCESO DE INSTITUCIONALIZACIÓN

Para salir de la concepción fetichizada de familia, debemos entender las relaciones primarias en un contexto cultural e institucional. Y especificar el papel de las relaciones primarias en este contexto. Esto puede dar como resultado un proceso de *humanización* de las relaciones primarias, que sería contrario al de fetichización. Mientras que con la *humanización* visibilizaríamos el proceso de institucionalización en términos de relaciones humanas, con la fetichización lo que se logra es imponer la

institucionalidad como ley absoluta sobre las subjetividades (Martín- Baró, 2004; Hinkelammert, 2003).

2.2.1. ACERCA DEL CONTEXTO

Las relaciones primarias en Mesoamérica están fuertemente marcadas por una mezcla de patrones producto del contacto colonial, Robichaux (2007, p 41) sugiere que en las áreas indígenas y rurales “Hoy en día [...] el principio patrilineal en la reproducción social sigue siendo dominante [...] En cuanto a la residencia post- marital es decisivamente virilocal”. En cuando a las áreas urbanas, el autor no expone un patrón claro pero sugiere coexiste el de la áreas rurales con otros de orden patriarcal que se comparten con Europa. Evidentemente las reformulaciones y apropiaciones de estos modelos de relación primaria dependen del contexto donde estos colectivos vivan sus vidas.

Como unidad cultural Mesoamérica se caracteriza por una distribución de roles de género que responde al modelo patriarcal de relacionamiento. En sectores populares y medios (que es de donde provienen Katia, Mauricio y Héctor) esto implica que los hombres sean socializados como los proveedores del dinero necesario para vivir y las mujeres para desarrollar las labores de reproducción del hogar. Pero la carencia económica trastoca ese “deber ser” en los sectores populares y las mujeres se ven obligadas a salir a trabajar asumiendo así una doble (a veces triple) jornada laboral, una fuera de la casa y otra adentro. Mientras que los hombres construyen su rol de forma escindida entre el espacio público (hombre que utiliza los recursos para el “vacil⁴” con sus amigos) y el privado (hombre que “cumple” con llevar alimentos al hogar); las mujeres, aún saliendo al espacio público a trabajar, ven su aporte al hogar como una “ayuda” a sus compañeros, que no puede desplazar su rol fundamental que es el cuidado de los hijos (Bastos, 2007, pp. 106 y ss.; PNUD, 2005, pp. 290 y ss.).

⁴ *Vacil*: Una categoría utilizada en el lenguaje popular salvadoreño que designa la reunión informal de amigos (por lo general hombres) en el espacio público que se aprovecha para las acciones de riesgo (ingesta de alcohol, peleas, etc.).

A esta distribución de roles de género hay que agregar el fenómeno de la transnacionalización de las relaciones primarias, promovidas por la reciente ola migración internacional masiva, sobre todo rumbo a los Estados Unidos. Para el PNUD, este fenómeno ha sido potenciado tanto por causas estructurales de la sociedad salvadoreña (la falta de tierras para cultivar, un mercado de trabajo expulsivo, la dinámica económica que desincentiva el agro); como por fenómenos naturales como los terremotos que han asolado recientemente al país.

“En la década de los años setenta, al diáspora salvadoreña se calculaba en unas 73 mil personas. Para el año 2005, la cifra podría ser de casi tres millones o más” (PNUD, 2007, p. 28). El destino primordial de estas personas es los Estados Unidos. Esto ha modificado radicalmente los patrones de relación social, el mismo informe de PNUD (2007, p. 29) compara el cambio de las fuentes de las divisas entre 1978 y 2006, mientras que en la década de los setenta la mayor fuente de divisas (81%) eran las “Agroexportaciones tradicionales”, para 2006 esta se ha reducido a un pequeño 6%, invirtiendo los papeles con las remesas que pasaron a representar del 8% al 72% del ingreso de divisas en este período.

El éxodo masivo del país, ha transformado la manera de relacionamiento primario en varios sentidos. En primer lugar, se han transnacionalizado los roles establecidos en las relaciones de género. Cuando los hombres que se van hacia Estados Unidos tienen a dejar sus hijos con sus madres, las mujeres, por el contrario, tienden a llevarse a sus hijos. Los sentimientos como la pérdida o la culpa son constantes, tanto en las madres o padres que se van como en los hijos e hijas que se quedan. Muchas de las vidas se construyen en torno a una reunificación que en algunos casos se hace realidad y en otros no. Una investigación de PNUD (2005, p.197) constató cómo se mantienen los patrones de relación de género de la familia patriarcal:

“Dentro de los sentimientos provocados por la separación, se constató que había diferencias al respecto al género de la persona que migra, pareciendo ser que, emotivamente, las familias en las que migra la madre tienden a sufrir más que aquellas en las que migra el padre. En el caso de

estas últimas, si el padre remite remesas regularmente los jóvenes tienden a sentir que por lo menos económicamente vale la pena la separación. En cambio, aquellos jóvenes cuyas madres han migrado tienden a enfocarse mucho más en los efectos emocionales y el dolor que viven al estar separados de ella, expresando tristeza y confusión al tratar de entender que sus madres les tienen amor a pesar de la distancia”.

La actividad de las remesas, que hoy sostiene la economía de El Salvador es un acto necesariamente cruzado por el relacionamiento primario, lo que hace que sea visto como un “acto de amor” cuando se cumple o de “des amor” cuando no, los roles de género y las relaciones intergeneracionales tienen un papel fundamental en esto.

En todo este proceso histórico, hay un antecedente inmediato que marca la vida de las y los salvadoreños. La guerra civil, desarrollada entre 1980 y 1992, es un acontecimiento determinante en el relacionamiento primario de millones de familias que vieron sus procesos vitales truncados por uno u otro motivo, como el asesinato, la tortura, las violaciones, etc. El conflicto confrontó a la sociedad en dos bandos armados, uno del representado por la Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que conjuntaba los distintos sectores progresistas de la sociedad salvadoreña en una organización guerrillera fundada por cinco partidos de izquierda. El FMLN contaba con ramificaciones políticas y militares que tuvieron gran apoyo popular en el periodo de insurgencia y siguen teniéndolo hoy luego de la firma de los Acuerdos de Paz. Del otro lado, se encontraban los sectores conservadores tanto las oligarquías del campo que defendían la estructura de tenencia de tierra en grandes concentraciones, como los sectores burgueses que se favorecen del capitalismo especulativo y el pequeño sector industrial. Este segundo sector se consolidó como fuerza política a mediados de los años 80 en el partido Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), que también tuvo ramificaciones políticas y militares (dentro y fuera del aparato del Estado)

y que desplazó hacia finales de la década las opciones socialdemócratas que intentaron concretarse electoralmente⁵.

El despliegue de violencia y las consecuencias sociales en la vida de las personas fueron motivo de preocupación y análisis del psicólogo social Ignacio Martín Baró, quien a inicios de los años 80 escribía con preocupación:

Día tras día el salvadoreño medio confronta la cercanía de una muerte violenta, ya sea por causa de sus convicciones, ya sea como víctima inocente de una lucha cuyas consecuencias directas e indirectas nadie puede eludir. Pero la guerra civil que desde 1981 (sic) asola El Salvador hunde sus raíces en una historia de opresión secular, verdadera matriz de la violencia que hoy impera en el país. Por ello, un análisis realista de la violencia en El Salvador exige un recordatorio histórico, ya que la continua conculcación de los derechos humanos más fundamentales ha producido una acumulación explosiva de aspiraciones frustradas, de anhelos pisoteados, de reivindicaciones reprimidas (Martín Baró, 2007, p. 359).

En los relatos de la vida de Katia, Mauricio y Héctor tenemos evidencia suficiente de estas aspiraciones frustradas y anhelos pisoteados, que han marcado a la generación que le tocó vivir la guerra desde la niñez, como tendremos oportunidad de analizar.

En este contexto se han desenvuelto las vidas de Katia, Mauricio y Héctor, justo en este proceso de transnacionalización de las relaciones sociales donde las relaciones primarias resaltan por la separación física e institucional de las generaciones. Las vidas de estas tres personas darán cuenta de un tipo de relación primaria en la cual hay dos generaciones que se alejan físicamente (migrando hacia Estados Unidos) pero además institucionalmente.

⁵ Evidentemente este es un proceso de inmensa complejidad que no se puede explicar acá en toda su dimensión, cumpla con citar los dos sectores más visibles para dar apenas una ubicación muy general del conflicto. Para un examen incisivo de la guerra civil y sus ramificaciones históricas a lo interno de la historia salvadoreña se pueden consultar los textos de Menjivar Ochoa (2008), Dunkerley (2001) así como el informe de la Comisión de la Verdad de Naciones Unidas (1993); para un punto de vista desde la política centroamericana se puede revisar a Figueroa (1993) y Torres-Rivas (1993).

2.2.2. UNA PROPUESTA PARA INTERPRETAR

El relacionamiento primario en la socialización de las personas funge como articulador de los procesos de institucionalización que vendrán en una segunda etapa (o relacionamiento secundario). Las relaciones primarias introducen al sujeto en la sociedad, siendo institucionalizaciones que preparan el terreno para otros procesos de institucionalización. En el relacionamiento primario el sujeto adquiere conciencia de una realidad objetiva y subjetiva por separado y busca un equilibrio entre las dos que se manifiesta como encuentro con “lo otro”. Ese “otro” se presenta ante el sujeto como diversidad de subjetividades pero también como ley –u *otro generalizado*- y mediante el relacionamiento primario, el sujeto aprende las formas de mediación con esa subjetividad objetivada (Berger y Luckman, 1972, p. 169; Martín- Baró, 2004, p. 302).

El papel de la relación primaria, estará mediado por las imposiciones institucionales que una sociedad desarrolle y por la transmisión de esas imposiciones en la dinámica cultural de las generaciones.

En los relatos de Katia, Mauricio y Héctor, se podrá de manifiesto una visión *generacional* de un país transnacionalizado, que pondrá en evidencia las recurrentes rupturas de vínculos entre generaciones subordinadas (niñez y adultez) y generaciones adultas. Lo que quiere decir que los hilos de transmisión intergeneracional fueron cortados progresivamente hasta crear un abismo entre padres e hijos. Por ello, considero fructífero que, en términos de análisis, enfoquemos el conflicto del relacionamiento primario salvadoreño como un conflicto intergeneracional.

Los diferentes estudios sobre pandillas (Smuth y Miranda, 1998; Cruz y Santacruz, 2001; Salazar, 2002; Rodgers 2003; Savenije, 2006), coinciden en que la agregación generacional de los miembros es un elemento clave de estos grupos. Las pandillas se manifiestan en las generaciones jóvenes de los países donde están presentes pero ¿qué queremos decir con *generación*?

Margulis y Urresti (1996a, p. 18) afirman que el concepto de *generación* "... alude a una época en la que cada individuo se socializa [...] cada época tiene su *episteme*, y las variaciones epistémicas son percibidas y apropiadas, con toda su intensidad, durante el proceso de socialización, por los nuevos cambios que va incorporando la sociedad." Por ejemplo, si hiciéramos el relato de vida de las madres de Mauricio, Héctor y Katia, un hecho como la Guerra Civil sería narrado de forma absolutamente diferente, en buena medida porque la apropiación generacional desde la adultez de lo acontecidos no es la misma. El relacionamiento primario de dos generaciones difiere enormemente en dos momentos históricos, lo que hace que estas generaciones se apropien de forma diferencial de los procesos históricos. Hinkelammert (2007, p. 18) expresa esto con una idea en diálogo con Walter Benjamín:

"Cada generación hace su presente. Viendo desde su presente, tiene su propio futuro y su propio pasado. Como cada presente tiene su propia historia, también tiene su propio pasado. Al cambiar con el presente el futuro, cambia igualmente el pasado. No solamente cada generación escribe su propia historia, tiene también su propio pasado. Precisamente por eso tiene su propio futuro".

Si tomamos esta idea en serio se nos plantea un problema de difícil solución en cuanto a relacionamiento primario: si tenemos dos generaciones una adulta y otra joven y las dos tienen dos presentes, dos pasados y dos futuros ¿Cómo se entienden la una con la otra? ¿cuáles son los mecanismos de transmisión intergeneracional –valga decir, de comunicación entre pasados presentes y futuros- que tiene la cultura salvadoreña contemporánea?

La antropóloga Margaret Mead realizó estudio muy interesante acerca de este tema del cual extraemos algunos conceptos para analizar estos casos. Para Mead (1997) las culturas humanas han desarrollado tres patrones de relación intergeneracional que denominan: *postfigurativo*, *cofigurativo* y *prefigurativo*. Desde mi modo de ver, los dos primeros conceptos son fundamentales para leer este fenómeno; *postfiguración* y *cofiguración* conforman una dupla explicativa muy sugerente para

entender el problema del relacionamiento primario desde el punto de vista generacional. No así la *prefiguración* que parece que simplemente lleva la idea de *cofiguración* al extremo, no tiene, desde mi modo de ver, una especificidad analítica. Paso a exponerlos a continuación.

Las culturas donde predomina un patrón de relación postfigurativo se basan en una relación intergeneracional donde

“... la vieja generación expresa en todos sus actos [...] que su forma de vida (aunque lleve incorporados, de verdad, muchos cambios) es inmutable, eternamente igual... [Antaño] Para que se perpetuara semejante cultura eran necesarios los viejos, quienes no solo debían guiar el grupo hacia los refugios [...] sino también debían proporcionar el modelo de lo que era la vida” (Mead, 1997, p. 37).

La estructuración de la relación primaria en estas culturas, prevé un alto grado de comunicación intergeneracional, con rango de *incuestionable*, que sirva para transmitir el proceso de institucionalización como *inmutable*. El grado de transmisión es tan alto e incuestionable que la autoridad del padre o el abuelo puede tornarse fetiche ante las generaciones jóvenes (Cf Erdheim, 2003).

Pero en las sociedades industriales, desde donde Mead realizaba su reflexión, se veían cambios radicales en este patrón de relación intergeneracional. Y justo es la migración, el punto en el que la autora pone la centralidad de su argumento. Ese mismo fenómeno que tiene en su centro la sociedad salvadoreña contemporánea y que se torna constitutivo de las pandillas juveniles. Para la autora, el fenómeno migratorio impone un tipo de relacionamiento primario *co figurativo*, donde la estrategia de configuración de la institucionalidad es construida por pares que deben tomarse como apoyo en ausencia de generaciones adultas que posibiliten la figuración del mundo. En los pueblos migrantes esta estrategia funciona a menudo, sobre todo en la primera generación que llega a un destino nuevo sin poseer referentes concretos de relacionamiento (asentamiento, relación con la naturaleza, etc) en generaciones

superiores⁶. La relación cofigurativa, se ha institucionalizado en las sociedades occidentales en ciertos espacios como las escuelas o, más recientemente, en la industria cultural y el fenómeno del “mercado adolescente”.

Evidentemente la cofiguración trae aparejado el conflicto generacional, dado el desconocimiento de la autoridad postfigurativa. En determinados momentos históricos, la ausencia de legitimidad del aporte de las personas jóvenes contrasta con la incapacidad de las personas adultas de ofrecer modelos válidos de relacionamiento primario:

“Cuando estos jóvenes [que se relacionan de forma cofigurativa] son numerosos, se convierten en modelos recíprocos y, al rechazar los modelos de conducta que ofrecen los adultos al nuevo entorno tratan a los maestros y administradores como fuerzas enemigas a las que no se debe seguir sino engañar mediante despliegues de astucia” (Mead, 1997: 73).

La autora atribuye a esta forma de relacionamiento primario, la existencia de una cultura, como al de las pandillas, que tiene sentido entre personas jóvenes: “Donde la cofiguración entre pares se ha institucionalizado a través de la cultura [p.e. en el sistema educativo] uno se encuentra con el fenómeno de la cultura juvenil o la cultura adolescente” (Mead, 1997, p. 88).

Un sentimiento aparejado a la cofiguración es la inseguridad, en la medida que la desaparición (o ilegitimación) de las generaciones superiores induce un sentimiento de extravío respecto del pasado y del futuro. En grupos humanos donde las relaciones primarias son principalmente cofigurativas, se genera un sentimiento de inseguridad individual ante la desaparición del pasado: “Cuando más aguda es la percepción del cambio generacional dentro de la familia y del cambio social mediante la participación

⁶ Mead (1997: 69) explica la cofiguración así: “...la cofiguración se produce en circunstancias que la experiencia de la joven generación es radicalmente distinta a la de sus padres, abuelos y otros miembros más ancianos de la comunidad inmediata. Ya se trate de los jóvenes que formen la primera generación nativa en un grupo de inmigrantes, o de que sean los primeros miembros por derecho de nacimiento de un nuevo culto religioso, o que integren la primera generación educada de un grupo de revolucionarios triunfantes, lo cierto es que sus progenitores no pueden proporcionarles modelos vivos apropiados para su época. Ellos mismo deben desarrollar nuevos estilos fundados sobre su propia experiencia y deben proporcionar modelos para sus propios pares.”

en nuevos grupos, tanto más frágil resulta el sistema social y tanto menos seguro tiende a sentirse el individuo” (Mead, 1997, p 89).

Por ello la cofiguración, es una solución parcial a un momento de crisis de relacionamiento primario, un momento donde los abuelos han desaparecido, los padres trabajan dos turnos en Estados Unidos y la persona joven se haya sola, en un país extraño. Allí es donde surgen grupos como las pandillas, que dan respuesta a la urgencia primaria de contención, al tiempo que introducen a esta persona en el relacionamiento secundario (escuela, industria cultural, etc.). Apliquemos ahora estos conceptos para entender los relatos de vida de Héctor, Mauricio y Katia.

3. LA NARRACIÓN DE LA CRISIS Y RECONFIGURACIÓN DE LAS RELACIONES PRIMARIAS EN LOS TRES RELATOS DE VIDA

Es muy interesante que en la narración de los relatos de vida de estas tres personas haya una regularidad casi estricta, en lo que refiere a los momentos por los que han pasado en su infancia antes de entrar en las pandillas. Se mencionarán a continuación tres momentos del relato (idilio, ruptura, erosión-seducción) que puedan ayudarnos a comprender las transformaciones de las relaciones primarias en estas personas.

3.1. MOMENTO IDÍLICO

Al ser interpelados respecto los primeros recuerdos de su infancia, los tres informantes han recurrido a un relato idílico de niñez, caracterizado en el caso de Héctor y Katia, por la contención y la asistencia de las figuras adultas (no solo los padres y las madres sino también como vecinos u otros familiares). En el caso de Mauricio, hay una recurrencia más bien a las relaciones cofigurativas mediante el ejercicio de juego.

Héctor

Héctor narró al inicio de la entrevista una serie de traslados de residencia que vivió con su familia porque su hermano, que era luchador de “lucha libre”, se metía en problemas constantemente, lo que obligaba una y otra vez la peregrinación constante entre diferentes puntos de San Salvador. Sin embargo, en un momento determinado el padre decide que la familia se mudará al campo, a partir de lo cual, la niñez es narrada como un idilio en la relación con la naturaleza:

“...si era una niñez bonita [...] después que nos movimos de allí a aquí mismo en San Salvador, compramos un terreno allá en [lugar al que se trasladaron] como mi jefe no quería que nosotros estuviéramos aquí en la capital, que creciéramos así, él quería que creciéramos como él, con terrenos con animales y árboles de fruta y una vida más sana pues [...] entonces nos fuimos para allá [...] huy allá teníamos una vida color de rosa, había una cascada de agua donde yo me iba a bañar, con agua bien celestita, bien cristalina [...], teníamos animales, teníamos varios tipos de flores alrededor de la casa, una casa grande, árbol de frutas, de todo[...]

[...] era primera vez en mi vida que teníamos de todo, que yo miraba de todo y para mí era chivo⁷. Si más [...] las flores se miraban bien chulas⁸ puya⁹ muy bonito, vida bien de que uno iba a la escuela, pasaba una vereda, por unos aguacates, la escuela en una pradera, bien bonito.” (Héctor)

El traslado al campo, es el detonante de un relato idealizado donde predomina la descripción de elementos de la naturaleza como el agua, los animales, las flores, la casa grande. Las flores que son evocadas dos veces y traen al relato el elemento de la belleza, la vida bella, donde se tiene de todo con holgura. En el relato, el padre es el proveedor de todo esto mediante la decisión de mudarse y así trasladar

⁷ *Chivo*: palabra del lenguaje popular en El Salvador que caracteriza algo (evento, situación, cosa) como bonito o emocionante.

⁸ *Chula/o*: es una palabra con varias acepciones, en esta parte del relato está utilizada para designar algo que es bonito: “las flores son chulas”. Pero en otras formulaciones que encontraremos en otras partes del relato como *chulón* o *chulona* se utiliza para designar la desnudez: “quedó *chulón*”.

⁹ *Puya*: no es utilizada acá en su acepción de *lanza* o *asta*, más bien hace referencia a una variante de *pucha* o *puchica* que a su vez es una forma de suavizar una expresión considerada vulgar: *jputa!*

postfigurativamente su infancia a la de sus hijos. Es de resaltar que el padre de Héctor aparece de forma difusa y únicamente en la etapa de la niñez, no se narra como parte del ambiente de la casa; al contrario de la madre, que aparecerá ligada a los elementos de belleza y al ambiente bucólico del campo: "...si, en la casa, si ella [la madre] nos cuidaba, también costureaba, entonces teníamos una vida bien bonita, teníamos una chiva, dos cabritos que daban leche me acuerdo, como 60 gallinas, 30 patos, perros, gatos..." (Héctor). En los años posteriores será la madre un pilar fundamental de su sobrevivencia a momentos difíciles como su paso por la cárcel en Estados Unidos, mientras el padre desaparece por completo del relato.

Mauricio

Mauricio por su parte evoca de forma corta y rápida su niñez recurriendo al juego:

"...cuando yo era niño yo me acuerdo muchas cosas, cuando jugaba con mis amigos, en el río, andar corriendo, haciendo muchas cosas que un niño hace verdad en su infancia [...] pues me gustaba andar jugando, jodiendo¹⁰ con mis amigos, subiéndome a los árboles, jugando pues."

(Mauricio)

En el relato de Mauricio el elemento de idealización no está tan remarcado pero esta corta reminiscencia al juego, se puede interpretar como la evocación a la ausencia de responsabilidades y reglamentaciones. Resalta el contraste entre la declaración de que se acuerda de "muchas cosas" pero el repaso ellas es tremendamente sumario. Otro elemento que hay que destacar es que en esta evocación existe una total ausencia de figuras adultas, no solo las paternas, sino en general, convirtiendo esto en un momento idílico cofigurativo.

Katia

¹⁰ Jodiendo o joder, se utiliza mucho para referirse al juego y a la desresponsabilización que este conlleva.

Katia realizó dos evocaciones idílicas sobre su niñez, una de ellas cuando comenzamos la entrevista. En ella hacía referencia al juego y al “pasaje” donde ella se sentía protegida en su infancia:

“... yo nunca salía de la colonia. [La colonia] tiene muchos pasajes, pasajes les llamamos a los callejoncitos donde hay muchas casas, entonces yo nunca salía de mi pasaje, siempre me mantenía al margen no salía, solamente me relacionaba con los niños de allí del pasaje que la mayoría tenemos la misma edad, la mayoría que vivimos allí y jugábamos con ellos, nos gustaba jugar fútbol, jugar al maestro, yo siempre era la maestra de todos allí y siempre jugábamos juegos sanos. Como la mayoría de todos mis amiguitos de allí de pasaje tenían una familia completa, un hogar de papá y mamá juntos, entonces siempre estaba pendiente la mamá de ellos y me cuidaban también, podría decir que me echaban un ojito.” (Katia)

Esta referencia idílica es determinante en este relato de vida. Como veremos adelante, Katia considera que su propia familia fue siempre *desintegrada*, pero cuando evoca idílicamente su niñez, se descubre jugado con los niños y niñas de su pasaje, hay un sentimiento de contención que se desarrolla alrededor de estos *juegos sanos*, que la llevan a declarar que ella nunca abandonaba el pasaje, como con Mauricio, se ve acompañada de congéneres que la reconfortan mediante el juego y la ausencia de responsabilidad. Pero Katia agrega que estos congéneres tenían “una familia completa”, compuesta por papas y mamás que según declara cumplían la función que no cumplían sus propios padres.

Otro momento idílico fue relatado por Katia al final de la entrevista cuando le pregunté acerca de cuál había sido su experiencia “más bonita” de la niñez:

“...cuando era chiquita vivía feliz en la casa, pobremente pero vivía feliz porque te digo nadie había querido llegar a usurpar mi lugar, de quererme quitar de ser la niña linda, la mano derecha de mi mamá y todo eso, yo vivía *feliz, feliz, feliz*. No tuve ningún papá pero yo vivía feliz porque

nadie me maltrataba, no sabía nada de maldad, era una niña que ya hasta los ocho años era una niña que no conocía violencia ni nada.” (Katia)

Esta evocación hace referencia al momento anterior a dos eventos: la llegada de un hermano mayor a la casa por quien se sintió desplazada, dada la preferencia que sintió de su madre hacia él. El otro evento fue la violación que su padrastro cometió contra ella cuando era niña. El momento previo a estos dos acontecimientos es percibido como una etapa “feliz, feliz, feliz” de relación postfigurativa armónica, donde los roles de madre e hija están claros y debidamente distribuidos es un momento antes de la llegada de la maldad.

3.2. EVENTOS DE RUPTURA

Las circunstancias idílicas son ubicadas por Mauricio, Héctor y Katia en un momento previo a ciertas rupturas trágicas y tremendamente violentas en sus vidas. Es importante resaltar, que en el caso de Mauricio y Héctor, las rupturas que leeremos me fueron narradas en orden cronológico de los acontecimientos (es decir, de forma posterior a los momentos idílicos). En el caso de Katia se narraron dos rupturas, una en forma cronológica que tiene que ver con su padre biológico, y otra, otra al final del relato, en un ejercicio de sinceridad que presumo tiene que ver con el acercamiento que logramos en varios días.

Héctor

En el relato de Héctor, los eventos de ruptura arrasan por completo con las figuras paternas en y en general con las figuras primarias, que no vuelven a aparecer hasta su llegada a Los Ángeles varios años después:

“... mira yo ingresé a la guerrilla a los diez años, cuando [...] a huevo pues me hicieron guerrillero [...], a esa edad porque llegaron [los del ejercito] y barrieron todo [...] Porque hicieron un desmadre, en ese tiempo solo estaba yo, mi hermano y mi hermana en la casa, mis papás andaban por el mercado o estaban trabajando. Puta [...] venían matando todos los de allí [la

comunidad donde vivía] loco, pero dando *corte parejo*¹¹, todas las casas *corte parejo*. El dicho era *muerto el perro se acabó la rabia*¹², y corrimos nosotros porque de ahí teníamos una casa como a casi medio kilómetro quizás [...] entonces corrimos. De allí llegaron a donde otros vecinos de nosotros; agarraron al señor, a la señora, los hijos pa' bajo¹³, ya la señora como de unos 75, 80 años, morritos¹⁴ como de unos 15 años pa' bajo también, todo *muerto el perro se acabó la rabia* decía el dicho, allí venían barriendo.

[...] nosotros nos logramos ir, a mi hermano lo agarraron allá por donde mi cuñado, por la casa de él. Lo mataron a él y a mi cuñado.” (Héctor)

Luego de esta escena apocalíptica, donde Héctor presenció el asesinato masivo de las personas de su comunidad y de sus propios familiares a manos del ejército, el vínculo primario existente es arrancado de forma abrupta, el paisaje que queda después de esto es el de un desierto:

“... yo, nosotros, toda la gente del valle nos internamos en el monte, todos tuvimos que correr pa'l monte, a los 15 días que salimos. ¡Huy! la casa de nosotros toda balaceada, la puerta toda abierta balaceada, la ropa de nosotros llena de sangre, no había ningún animal, todo estaba desierto, ni el perro ni el gato, *desierto, desierto*. Y la matanza que había por todos lados, entonces nosotros tuvimos que salir así como andábamos.” (Héctor)

¹¹ *Corte parejo*: es una expresión muy común en el lenguaje popular salvadoreño, en este caso está utilizada para expresar que se mataba por igual a todas las personas que el ejército encontraba, no se diferenciaba por sexo o edad.

¹² La formulación del refrán popular *muerto el perro se acabó la rabia* tiene mucho sentido el contexto de la guerra civil en El Salvador. En un momento determinado de la lucha contrainsurgente las fuerzas represivas determinaron que, tanto en Guatemala como en El Salvador, antes de atacar a la guerrilla misma, era prioritario atacar a las poblaciones civiles que servían de apoyo logístico, emocional y estructural al movimiento guerrillero. *Matar al perro* hace alusión a esta política de exterminio de civiles que eran acusados de ser causantes directos de *la rabia*, es decir, el movimiento insurgente. Las masacres de civiles realizadas bajo esta política contrainsurgente fueron documentadas por las Comisiones de la Verdad en ambos países, así como en los testimonios sobre la guerra (Cf. López Vigil, 1992) y en los trabajos académicos realizados sobre este proceso (Cf Bourgois, 2005; Tishler, 2005).

¹³ *Pa' bajo*: refiere directamente a que fueron asesinados “se los bajaron”.

¹⁴ *Morritos*: forma de designar a los niños pequeños en el lenguaje popular salvadoreño. Es una formulación que evoca ternura y cariño.

El contraste es evidente, entre la tierra abundante, los ríos, las montañas y los animales que motivaron la evocación idílica de la niñez y el desierto que nombra la muerte, tanto de la naturaleza que rodeaba el paisaje, como de las relaciones primarias que le daban sentido –vida- a este. En el desierto el agua se ha secado, no pueden crecer las flores ni pueden vivir los animales. Me atrevería a decir que *desierto* es una palabra que describe una realidad externa al sujeto así como una realidad interna. En el relato, este episodio es la antesala de la entrada a la guerrilla, como vemos Héctor dice que se hizo guerrillero “a huevo”, es decir, no fue una opción racional (que difícilmente podría haber dado un niño en sus condiciones) sino su única opción luego de presenciar esta masacre.

Después de un periodo de integrar las filas de la guerrilla, Héctor narra que fue seleccionado junto con otros compañeros para infiltrar al ejército. Según dice el criterio de su escogencia era que difícilmente traicionaría a la guerrilla dado la cantidad de mal que le había hecho el ejército “...como vieron lo que a mí me habían hecho, la historia de mi familia, vieron toda mi historia ellos confiaban en nosotros...” (Héctor). Se puede decir entonces, que la organización que había acogido a Héctor luego de la desaparición de su familia, veía su desgracia como una oportunidad de tomar ventaja del enemigo. La contención que el niño pudiera o no tener en este contexto quedaba en segundo plano respecto de la disputa de ejércitos contrarios, lo que determinó, en efecto, que Héctor se infiltrara en el ejército. En el relato, cuando infiltra las Fuerzas Armadas narra sus primeros asesinatos mediados por una lógica de venganza, cimentada en la ruptura de su vínculo primario y enmarcada en el juego de violencias entre la guerrilla y el ejército. Eventualmente Héctor fue descubierto como infiltrado junto con otros niños y es condenado a muerte y allí narra un segundo evento de ruptura, cuando fue torturado duramente antes de ser fusilado:

“...ya llevábamos un mes así [siendo torturados], yo ya echaba pus así, bien feo en la manita, nos estaban dando con electricidad tipo gusanos nos despertaban. Nosotros en la noche *men* nos dábamos duro, [...] porque

nosotros los esperábamos a cada rato que llegaban a vergasearnos¹⁵ con fusiles en la cabeza en la noche, y a ponernos la electricidad, en la lengua, en los huevos, puta decía yo [a mis compañeros de celda...] “sabe que *men* si vamos a morir vámonos a morir peleando”, simón pues va, démonos verga pues, acostumbrémonos [...]

[...]entre nosotros mismos [nos golpeábamos], ya estábamos locos, es que nosotros estábamos esperando nada más que nos mataran, simplemente nosotros queríamos morir, o sea, peleando, queríamos estar preparados para eso, y nos poníamos uno a otro en la noche y al que no, le dábamos verga entre todos y lo levantábamos a patadas ...” (Héctor)

El evento de tortura se prologó, según el testimonio, durante un mes, lo que quiere decir que fue un largo proceso de sufrimiento para una persona que rondaría en ese momento los 15 o 16 años. Resalta - por doloroso- el dato de que la tortura se volvió parte de la vida cotidiana de los presos a tal punto que en un momento comenzaron a infringírsela ellos mismos. Era un momento de absoluta desesperanza donde no se veía salida posible, ante eso hace aparición una especie de ética del guerrero “si vamos a morir, lo vamos a hacer peleando” que degenera en un prolongación y apropiación de los métodos de tortura por los mismos torturados. Esta segunda ruptura culmina con un escape repentino y sorpresivo cuando un oficial superior se compadece de los torturados y deja abierta la puerta de la celda. Héctor narra que luego de escapar cruza la frontera con Guatemala y pide asilo en la embajada de los Estados Unidos, hacia donde parte tiempo después.

Mauricio

La madre de Mauricio es la figura que está presente en el relato los primeros años de su vida, a su padre lo conoce apenas por referencias dadas por su madre:

“...yo solo vivía con mi mamá, yo me crecí con mi mamá, porque cuando nosotros éramos, estábamos chiquitos lo que a mí me contaron fue

¹⁵ *Vergasear* o *dar verga*: se utiliza en el lenguaje popular salvadoreño para designar la acción de golpear a otra persona.

que mi papá se fue para Estados Unidos, fue a emigrar allá, yo siempre me he crecido con mi mamá.” (Mauricio)

El núcleo familiar estaba constituido por él, sus dos hermanos y su mamá, pero la relación con su madre no cruzaba por el cuidado directo, dado que ella trabajaba para sostener el hogar y delegaba en su hermana mayor el rol femenino de cuidado de la familia. Ante la ausencia de la figura paterna, la madre asume el rol de proveedora y se apoya en su hija menor que funge como madre:

“...mira, lo que yo me acuerdo, ella siempre trabajaba, como es la única en el hogar ella daba todo, ella siempre trabajando, nos dejaba con mi hermana mayor, ella nos cuidaba.” (Mauricio)

El primer evento de ruptura que narra Mauricio tiene que ver con su migración hacia los Estados Unidos, circunstancia en la que coincide con Héctor. La violencia política que padeció su padrastro detona en la familia materna la alerta y ellos presionan para que él y su hermana mayor migren:

“...yo iba a la escuela hasta como a los 8 años es cuando nos fuimos nosotros [mi hermana y yo], nos fuimos para Estados Unidos, antes mi mamá se había acompañado con un señor, y a él lo mataron cuando ya empezaba ya la guerra, empezó la guerra aquí también, y también tuvo otra niña tuvo mi mamá también, y yo después lo que me acuerdo cuando tenía 8 años, como mataron al... digamos esposo de ella. Todos mis tías por parte de mi mamá se preocuparon, como ya empezaba algo feo aquí la guerra, que me acuerdo que ellas nos mandaron a traer, nos mandaron a traer a mi hermana mayor y a mí, nos mandaron a traer para que nos fuéramos a Estados Unidos.” (Mauricio)

Esto provoca el alejamiento del vínculo primario con la madre se da promovido, y en buena medida posibilitado, por figuras primarias de índole materno, sobre todo tías:

“...lo que yo me acuerdo [...] agarramos un avión hasta México, desde aquí hasta México, y de allí, nos encontramos con mi tía, porque de aquí nos fuimos mi hermana mayor y yo y una amiga de mi mamá, la hija de ella se

fue con nosotros, éramos tres que nos fuimos, y allá cuando llegamos al aeropuerto me acuerdo que nos estaba esperando mi tía, una de mis tías, y de allí, nos fuimos a un hotel. Nos esperamos un día, después al camino, ya después a la frontera con México, nos estaba esperando mi otra tía y su esposo, nos estaban esperando, y recuerdo que solo nos tiraron un carro, en un baúl a los tres y así como cruzamos nosotros, nos pusieron una valija con ropa y todo, y así cruzamos. Yo me acuerdo que cuando ya cruzamos, nos parqueamos en un lugar, y nos salimos y nos metimos al carro como si nada, y nos fuimos (Mauricio).

Sin embargo, toda esta cadena facilitada por relaciones primarias de tipo maternas – que podría verse como una extensión de la contención de la madre- se rompe al final del proceso, cuando llegan a los Estados Unidos y “... me salieron a mí que yo me iba a separar con mi hermana, que mi hermana se iba a quedar con mi tía y yo con mi papá, ¡pero cómo! [si] yo nunca conocí a mi papá hasta que llegué hasta allá.” (Mauricio).

Todas las formas de relacionamiento primario que Mauricio había experimentado hasta ese momento fueron rotas con esa decisión. Y a partir de allí debe recomenzar un proceso de generación de vínculo primario desde cero con un padre, con el cual, no había siquiera hablado hasta ese momento de su vida.

“...yo me sentía raro, porque nunca tenía esa palabra de decir mi papá, y yo a mi me costó vivir con él y decirle papá, porque en mi vida, desde mi niñez que anduve yo desde los 8 años nunca conocí a él, y nunca tuve una relación con él, y nunca nos hablamos, yo hasta allá lo conocí.” (Mauricio)

El vínculo no fue roto del todo, dado que Mauricio relata que los fines de semana su padre lo llevaba a ver a su familia materna. Pero la evidencia concreta de que no pudo construir un vínculo primario sólido con su padre fue lo ocurrido cuando su madre llegó a los Estados Unidos:

“...como a los 2 años [de vivir en Estados Unidos] mi papá me dice: - mira te tengo una noticia, vamos a ir donde tu tía, vamos a ir a ver a tu hermana, pero, allí va a estar tu mamá, ya está aquí-.

“Yo me sentí alegre, porque yo pensaba que ya no la iba a ver, ya estando yo allá ya nunca la iba a ver, pero yo también antes de todo eso ya cuando yo estaba allá, yo le escribía a mi mamá, en veces me daban unos dos dólares y eso yo lo iba guardando y yo me acuerdo que yo le escribía a mi mamá y se los mandaba.

“...mi mamá llegó con mis otras dos hermanas, las menores, mi hermana tenía, mi hermanita menor tenía como 3 años, y después ese día que mi papá me llevó donde mi mamá, él me dijo:

-Mira yo voy a ir a que veas a tu mamá pero tenés que regresarte conmigo, no te vas a quedar con ella-

-aja está bien- le digo,

Pero ya después cuando ya llegué a ver a mi mamá nos abrazamos y todo eso, yo feliz por verla, pero ya después yo le dije a mi mamá y a mis tías:

-yo no me quiero quedar con mi papá de regreso, yo me quiero quedar con mi madre-

Pues sí, pero vas a tener problemas con tu papá me dicen, si pero como yo no quiero estar con él porque no sentía eso pues, porque nunca, todo ese tiempo que llegó mi mamá solo tenía dos años de estar con él, no me tenía acostumbrado para estar con él.” (Mauricio)

La llegada de la madre de Mauricio a Estados Unidos pudo significar un proceso de reconstrucción del vínculo roto inicialmente, sin embargo, un segundo evento de ruptura se presentó dos años después de la reunión de madre e hijo. En ese momento la madre de Mauricio ya había conseguido una independencia económica y un trabajo que le permitió independizarse de sus tías y alquilar un pequeño apartamento para ella y sus cuatro hijos:

“Y en el año ese que nos movimos a un apartamento nos pasó algo malo a nosotros, yo me acuerdo que iba a ser el primer día de la escuela para todos nosotros, para mis hermanas, ya estábamos preparados para ir el primer día, y un día antes que íbamos a empezar la primera vez en la escuela el primer día [...] Mis hermanas y mi mamá ya se había acostado verdad, porque ella tenía que ir a trabajar, y mi hermana ya la menor tenía 5 años, tenía 5 años ella, y nos pasó una tragedia en ese año, fue en el 85, que mataron a mi hermanita en la casa. [...] yo me acuerdo que mis dos hermanas, la mayor y la penúltima se fueron a acostar, yo con mi hermanita menor nos quedamos viendo tele, teníamos un sofá cama, y nosotros nos quedamos viendo tele, yo me acosté en el otro sofá que teníamos y ella se acostó allí, se quedo dormida. Pero esa noche me acuerdo que se metió un ladrón a la casa, pero yo no me di cuenta hasta que ya pasó todo, estaba yo dormido a la par de mi hermana en el sofá, yo de repente oigo que mi hermanita estaba tosiendo, y yo dije -ahh se enfermó-, yo medio dormido, no sé que me dio que abrí los ojos, pero como estaba todo oscuro, yo veía una sombra y mi hermanita tosiendo, y yo decía a tal vez mi mamá a ver, estaba viendo a mi hermana a ver que le pasa, y a la par de eso estaba un closet, y estaba un sofá que daba vuelta, y me acuerdo que yo quería ir al baño, pero no me levante, dije me voy a aguantar, y yo oí a mi hermanita tosiendo y llorando, yo decía -se enfermó- entonces le dio gripe, y veía yo la sombra esa, y de repente que va pegando con el zapato del sofá, y el sofá ese daba vueltas, y le pegó a la puerta de un closet que estaba allí, pero es closet se va al otro lado donde dormía mi mamá, y yo dije, y seguí durmiendo, y después oí una puerta del cuarto de mi mamá, y ella saliendo, por el escándalo del sofá, y yo me desperté y dije no es mi mamá, entonces la que está aquí, y después mi mamá como encendió la luz, y era un hombre que estaba allí y estaba ahorcando a mi hermanita, y la violó, y la ahorcó, y la

asfixió, y eso por eso, mi hermanita estaba como llorando y estaba tosiendo, porque como la estaba asfixiando.

Y cuando mi mamá vio eso entonces el hombre la aventó, pero él se había metido por una ventana de la cocina, ya había dejado todo abierto, como se llama, había quitado llave a la puerta principal, ya cuando él se levantó yo me levanté, y él se fue corriendo, y cuando él se va saliendo corriendo y yo me acerco a la puerta, porque estaba cerca de la puerta y voy reconociendo quien era el hombre, pero yo nunca me imagine que mi hermanita ya estaba muerta.” (Mauricio)

Este acontecimiento, imposible de elaborar para un niño de la edad de Mauricio, marcó una ruptura definitiva en las relaciones intergeneracionales que podían haberse reestablecido para esa época entre él, su madre y sus hermanas. Luego de este incidente, Mauricio tuvo que declarar ante una corte, porque el asesino resultó ser un vecino que conocían al cual capturaron posteriormente, además, recibió atención psicológica durante unos meses. En el próximo apartado veremos que posterior a este evento las relaciones intergeneracionales se deterioran irremediabilmente hasta el ingreso de Mauricio a la pandilla. No quisiera sugerir con esto un ligamen causal univoco entre ruptura e ingreso a la pandilla, pero lo que si puede asegurarse, es que este tipo de rupturas desestabilizan definitivamente la relación primaria, que ya tiene en su contra una estructura adversa, en la cual, por ejemplo, la madre de Mauricio no puede dedicar gran cantidad de tiempo a sus hijos por la necesidad de trabajar para proveer de sustento a su familia.

Katia

En el caso de Katia hay una situación parecida a la de Mauricio, su mamá trabaja desde niña y mantiene el hogar, ella declara no haber conocido a su padre hasta los 8 años. Desde la primera pregunta de la entrevista, ella recuerda a su familia como *desintegrada*:

“...bueno nací aquí en San Salvador, soy originaria de aquí de San Salvador y vengo de una familia desintegrada, a los 8 años conocí a mi papá

y siempre me crecí con mi mamá y con mi hermana, mi media hermana.”

(Katia)

El rol que juega Katia en su familia, tiene una gran similitud con el rol de la hermana mayor de Mauricio, ellas asumen como hermanas mayores las tareas de reproducción al interno del hogar, que las madres no está en capacidad de realizar, dada su necesidad de trabajar tiempo completo para mantener a la familia:

“Siempre nos tocaba quedarnos solitas a mi hermana a mí, ya que mi mamá como mujer y padre, o sea, madre y padre de la familia, jefa del hogar le tocaba dejarnos solas para ir a trabajar, entonces yo me hacía cargo, o sea, yo era la responsable como hija de mayor, era la responsable del cuidado de mi hermana y de la casa, de mantenerla limpia, de las cosas del hogar y de estudiar.”(Katia)

Las dos figuras paternas que tuvo Katia en su niñez fueron las protagonistas de sus dos momentos de ruptura. La primera de ellas su padrastro, el papá de su hermana menor, a quien en la primera entrevista que sostuvimos mencionó de la siguiente forma:

“...si, vivieron mucho tiempo juntos [la madre y el padrastro], como a los dos años antes que mi hermana [naciera], dos años tenía mi hermana ya formalizaron bien la relación como pareja y demás, y ella siempre seguía trabajando y él hacia sus negocios, bueno lo voy a mencionar porque ya era cuento viejo, él era traficante de furgones, o sea, como se llama, mafia organizada de los que roban furgones, mercadería al por mayor. Yo me di cuenta de eso porque como él me tenía mucho cariño yo tomé una imagen de él como padre, como el padre que nunca tuve, entonces él me llevaba a mi hermana y a mí a reunirse, cuando él se reunía con su gente, ya me daba cuenta yo de los movimientos que hacían, entonces yo me di cuenta, mi mamá nunca se dio cuenta de eso, hasta que yo le conté, cuando yo estoy grande.” (Katia)

En la tercera entrevista, con un poco más de confianza, Katia me revela:

“... me violaron cuando era niña, eso me cuesta, me cuesta, pero ya estoy grande y lo tengo que aceptar, he conocido una señora que ella lo cuenta así, no le da vergüenza, o sea, eso es un trauma que uno trae, y eso lo hizo el papá de mi hermana, aquella persona que yo creé la imagen como un padre porque me trataba bien, me compraba cosas, pero yo de niña no sabía por qué me hacía eso, qué era lo que me hacía, por qué me tocaba, o sea, el solo me tocaba nomás en mis partes íntimas, pero yo después me fui creando aquella cosa, será que a las demás niñas les hacen eso, y por qué me lo hacen a mí, nunca tuve aquel valor de contárselo nadie por qué si era algo que sólo me hacían a mi era algo que sólo me iban a ser burla, iba a ser menos y todo eso, entonces eso fue lo peor que viví cuando era chiquita.”

(Katia)

Katia me lo contó como para demostrarse a sí misma que lo podía “aceptar” y liga esta aceptación con su condición de adulta. Pero el hecho revela un acontecimiento que difícilmente ha sido elaborado por la personalidad de Katia y que tuvo serias consecuencias en años sucesivos. Ella declara no habérselo contado a nadie más por vergüenza, circunstancia que pudo haberse convertido en un peso que se cargaba y acumulaba con los años. Pero hay un dato más que me parece muy trascendente, ella no niega la figura de padre que me relató en la primera sesión, ella sostiene que esa persona fue su imagen de padre, pero que utilizaba esa imagen de padre para generar una confianza que traicionaba con las violaciones. Hay una relación primaria que ella trazó con esta persona y que fue traicionada, en buena medida porque esta persona se comportaba de forma ambivalente, se podría decir que ante Katia tenía “dos caras”. Esta condición fue problematizada por Katia en el grupo focal, sin necesariamente estarse refiriendo a situaciones de su niñez:

“...nosotros [quienes estamos en pandillas] hemos conocido la lealtad en la calle por tener una sola cara, ser una sola persona, o sea, no mostrar más caras pues como otra gente [... en la sociedad...] hay mucha gente hipócrita [por el contrario] en lo que es las pandillas hay mucha sinceridad se

demuestra y si algo te cae mal lo decís, si algo te cae bien lo demostrás o sea pero no tenés dos caras tenés una sola cara y eso es uno de los puntos más importantes que se valoran dentro de la pandilla.” (Grupo Focal, Katia y Mauricio)

No se podría afirmar que esta elaboración ética tenga que ver directamente con la situación experimentada con el padrastro, pero sin duda, tiene alguna relación en lo que refiere a la ética de las relaciones primarias que Katia ha forjado desde niña. La cita del grupo focal, denuncia la ambivalencia en las relaciones como hipócrita y la contrasta con la relación cofigurativa donde predomina la sinceridad.

La segunda figura paterna, que es su padre biológico también protagoniza un evento de ruptura. Aparece de repente a los ocho años y Katia lo presenta como alguien que la desvalorizó tremendamente y la agredió verbalmente:

“lo conocí porque él me llegó a buscar allí a la casa y no me pareció nada como papá, una persona muy repugnante...

... como él tiene dinero, siempre ha tenido su profesión, entonces siempre vio a mi mamá como una basura, y así me trataba a mí, como basura, cuando yo lo empecé a tratar siempre me trataba como bastardo y como basura y fijate cuando ... mi niñez yo le agradezco a mi mamá que nunca me maltrató, nunca me dijo una mala palabra, o sea, hijo de... y así, sino que para mí una mala palabra era tonto, eso era grave para mi decirlo. Entonces yo nunca sufrí maltratos así [como los que me decía mi padre], oír todo eso entonces yo me fui traumando porque yo era basura, porque yo era un bastardo, porque yo era una persona indeseable en la vida, y no servía para nada, soy una escoria de la vida y bueno, me decía infinidad de cosas.”
(Katia)

En el relato, la llegada de este padre no tiene una explicación lógica, simplemente llegó a buscar a Katia un día y a partir de allí comenzó a agredirle verbalmente. Finalmente esa violencia se extiende también a la madre, quien la enviaba

donde el padre para que trajera dinero de vuelta, probablemente para paliar una situación económica difícil.

“...porque como nunca quiso a mi mamá, entonces él me decía que [...] para él hubiera sido bien que ella me hubiera abortado porque yo soy un estorbo en su vida, porque siempre me lo dice, entonces todo eso me fue llenando de traumas y entonces fue allí donde yo empecé a tenerle rencores a mi mamá, porque ella me obligaba a que yo fuera donde él para que me regalara 50 colones” (Katia).

En el relato de Katia, una asimetría de clase es utilizada para violentarla. La necesidad que experimenta la familia la somete a una serie de violencias verbales que, como veremos a continuación, van erosionando el vínculo primario, al tiempo que un hermano mayor llega a su casa y “usurpa” su lugar.

3.3. EROSIÓN DE LA RELACIÓN PRIMARIA POSTFIGURATIVA Y SEDUCCIÓN DE LA RELACIÓN COFIGURATIVA

La narración posterior a las rupturas tiene dos momentos, uno que describe la erosión de la relación primaria postfigurativa, lo cual desemboca en un momento crisis del sujeto. Simultáneamente se describe un segundo momento donde Katia, Héctor y Mauricio son atraídos hacia la relación cofigurativa. Curiosamente en los tres casos esa atracción es narrada como una seducción en la cual el *estilo* – utilizado en términos de la escuela de Birmingham (Hall et al, 2000)- juega un papel fundamental, haciéndose presente como indumentaria que seduce a los sujetos en medio de su crisis.

Héctor

En el caso de Héctor, lo abrupto de su ruptura impide hablar formalmente de *erosión de las relaciones primarias*. Por definición, la palabra erosión hace referencia a un proceso de desgaste prolongado en el cual la degradación juega un papel fundamental. Sin embargo, hemos podido leer que la ruptura de Héctor arrasó del todo con sus figuras de relación primaria, en algunos casos por asesinatos cometidos por el

Ejército de El Salvador (como su hermano y su cuñado) en otros casos por separaciones que se reflejan en ausencias en el relato (como el padre o la madre que aparece mucho después). Héctor no narra una erosión de las relaciones primarias sino una ruptura absoluta y abrupta, donde las relaciones primarias (madre, padre, hermanos/as) fueron sustituidas por secundarias (guerrilla, ejército).

Su llegada a Los Ángeles significó un reencuentro con una única figura de las que desapareciendo cinco años atrás: su hermana. Pero también el establecimiento de nuevas relaciones primarias, esta vez de corte cofigurativo. Héctor evoca esto con una serie de diálogos donde intervienen personajes de este momento de su vida:

“... ya entré en asilo político en Estados Unidos, llegando allá me dijo mi hermana a los tres días:

-mirá que ahí está un parque a la vuelta para que no te aburras, aquí a la vuelta [de la casa]-

Cuando llegué [al parque] veo un vergo¹⁶ de gente así pelo largo, sus pantalones Levi's, sus Vanz, sus camisas de Heavy Metal ¿me entiendes? Pelo largo y yo llegué pelón¹⁷ pues va, porque iba pelón de acá...

...toda mi familia estaba aquí [en El Salvador], solo [...] mi hermana es la única que estaba allá [en Estados Unidos], después llegué yo, entonces llegué allá a ver los peludos y me dijeron:

-que onda vos pelón, que onda de dónde venís-

-de El Salvador- dije

-ah sos salvadoreño-

-simón¹⁸-

-has estado allá-

-simón-

-qué has sido allá-

¹⁶ *Vergo*: en lenguaje popular salvadoreño alude a una gran cantidad de algo (gente, carros, sillas, etc.).

¹⁷ *Pelón*: con el cabello rapado.

¹⁸ *Simón*: se utiliza como una forma estilizada de decir *sí*, es común en el lenguaje popular sobre todo en el juvenil.

-he sido combatiente-

-de la guerrilla también-

-Ah pues mira, aquel es guerrillero también, aquel es guerrillero, aquel es soldado, aquel es soldado, aquel es policía [...], mira nosotros *men* aquí somos la Mara Salvatrucha, y aquí estamos protegiendo contra todos los pelones de aquí, nosotros cuidándonos a nosotros, por el flujo de migrantes, [...] y les volamos verga a esos majes [los mexicanos] y a los chinos también, porque se andan pasando de listos con la gente, andan golpeando a la gente

-A pues no hay cuete, yo le entro también, matememos pues

-¿matas?-

-simón pues-

-vamos a ver que lo vamos probando, hoy en la noche vamos con los chinos, a ver que onda.” (Héctor)

Lo primero que habría que resaltar es que estos “peludos” tienen un *estilo* definido al interior de la industria cultural: música Heavy Metal, pantalones Levi’s y tenis Vanz. Eso es lo primero que Héctor recuerda de la Mara Salvatrucha. A partir de acá el estilo servirá en la entrevista para ubicar muchas de las figuras que rondan su socialización y para hacer diferenciaciones fundamentales, como la que existe entre “peludos” y “pelones”. Según Héctor, la Mara Salvatrucha se identificaba inicialmente por su cabello largo y la mafia mejicana imponía más bien la utilización del cabello corto entre los suyos, por eso, Héctor recuerda con alguna hilaridad haber estado “pelón” cuando conoció a los miembros de su pandilla, dado que esto significaría, de aquí en más, un signo que identificaba al que podríamos llamar *nuevo enemigo*.

El otro elemento a rescatar es la disolución de las diferencias que implica el primer encuentro con “la MS”. Hemos leído en el relato que antes de su llegada a Estados Unidos, la vida de Héctor estuvo cruzada fuertemente por la guerra civil salvadoreña, su vida se movía necesariamente en un paradigma binario (entre insurgencia y contrainsurgencia) promovido institucionalidades secundarias. El conocimiento de “la MS” implica la disolución de este paradigma, fundiendo todas las

fuerzas en una, diferencias tan importantes en el pasado (como la que hay entre “guerrillero” y “soldado”) se disuelven en pro de un objetivo común: “la protección de las comunidades salvadoreñas” de los “los pelones” y “los chinos”.

En general la invención de las pandillas pasa por una retórica de defensa un colectivo determinado (Salazar, 2002; Rodgers, 2003) aunque las actividades de defensa impliquen la puesta en peligro de este colectivo. Lo interesante de este caso es que esta inversión implica la disolución de anteriores roles que jugaron los sujetos y por lo tanto anuncian una reorganización del relacionamiento social. La transición entre órdenes es narrada con un banquete de por medio:

“Esa tarde hicimos carne asada a la parrilla, arroz, ensalada, jugamos fútbol ya después en la noche que onda, ya vamos a ir para allá arriba, ya nos movíamos de de ese parque a la otra esquina donde se vendía droga porque se vendía en ese tiempo puro acido, ya en la noche, tipo 10 ya íbamos por la otra esquina por donde hay una tienda grande y allí se vendía la droga también, vamos con los chinos, vamos por balas, alistamos los cuetes,

-mire mire allí está el chino, pégale al chino pues- me dijeron

-simón-

PUM techo,

-no a este hijueputa no le tiembla- decían” (Héctor)

Una fiesta sirve como bisagra entre dos órdenes sociales, por una parte disuelve el orden social anterior, distendiendo las relaciones que antes fueron determinantes y, por otra, prepara el terreno para una nueva sociabilidad. Acá hay un sujeto a caballo entre dos estructuras de regulación. Lo interesante es que los dos órdenes se mueven de acuerdo al mismo mandato: la eliminación del otro. Lo que en apariencia se transforma es el orden social, pero lo que verdaderamente lo hace es el rostro del otro.

Mauricio

Luego del asesinato de su hermana, Mauricio narra un proceso de erosión de las relaciones primarias, principalmente con la madre:

“Y así fue pasando el tiempo [...] ya estaba más grande, ya tenía varios amigos donde vivíamos en la zona, y ya mi mamá como siempre ella trabajando verdad, ella trabajando, dos trabajos tenía, de unos salía, se iba para el otro y nosotros la íbamos viendo casi a media noche que llegaba de trabajar. Nunca tuvimos una relación cercana y comunicación, y yo cuando le contaba mis problemas no mas mi mamá se enojaba verdad, cuando tenía problemas en la escuela, entonces después empecé a tener problemas en la escuela, no hacía mis trabajos, nada, no estudiaba, le llamaban a mi mamá, que mire, problemático no hace esto, no hace caso, después mi mamá lo que hizo, lo que hacía en lugar de aconsejarme ella me pegaba, me regañaba.”
(Mauricio)

El rol de proveedora de su madre es tan demandante que le impide poner atención a su hijo. Se repite la forma de relación que existía El Salvador, donde el trabajo de la mamá impide cercanía y comunicación. Mauricio cuenta esto en tono de reclamo, de lo que se puede inferir que su actuación en la escuela tenía que ver con el reclamo de contención que su madre no estaba en posibilidad de atender. El deterioro del vínculo se presenta como agresión. Mauricio lo narra como uno de los caminos que eligió su madre, el otro era el de “aconsejar”. En esta cadena de relaciones es fácilmente visible la influencia de la violencia estructural en la agresión doméstica, donde la condición económica de la familia de Mauricio juega un papel fundamental en la cantidad de tiempo que su madre puede dedicarle, y en las tensiones que surgen a raíz de esta escasa atención. Paralelo a este proceso Mauricio hace un relato de seducción del *estilo* de sus primos:

“...como ellos [los primos] se reunían, como se vestían, los tatuajes, todo eso a mí me atraía verdad pero ya después mi mamá me aconsejaba que no me relacionara muchos con mis primos, porque eran pandilleros y todo eso, y mi mamá, ella no quería que yo siguiera esos pasos como mis primos, ya al tiempo que ya sucedió todas estas tragedias empecé a ir a la escuela y nosotros vivíamos en frente de un parque, y yo veía muchos

muchachos que se reunían, iban a, eran como mis primos, eran pandilleros, yo en las tardes ya cuando iba a la escuela, yo me iba a jugar básquetbol al parque, y a mí me atraía eso que yo siempre veía y al tiempo empecé yo a hablar, me hablaban verdad, algunos me hablaban, solo me decían que hola, cosas así...” (Mauricio)

Pese a tener un vínculo deteriorado con la madre, esta, a diferencia de la de Héctor, no ha desaparecido de la vida de Mauricio. Por lo que la seducción de la pandilla es prohibida por la el vínculo primario postfigurativo. El parque, como el caso de Héctor, funciona como ese espacio fuera del hogar donde la relación cofigurativa se teje alrededor del juego de básquetbol, la atracción comienza a concretarse en la medida en que las personas de la pandilla le hablan a Mauricio.

Katia

La erosión de vínculos primarios de Katia involucra directamente a su padre biológico, a quien hemos visto anteriormente que Katia achaca constantes agresiones verbales que la desvaloraban como persona. Al parecer este vínculo se mantiene por la necesidad económica que experimentaba la familia en ese momento. Pero el deterioro de la relación llega a su punto máximo cuando aparece un hermano mayor de Katia que provoca que ella sea enviada a la casa de su padre:

“... entonces allí es donde yo le empecé a tener rencor porque yo le decía mamita no me mandes [a la casa de mi papá] te lo pido, yo me le arrodillaba llorando, y te digo, yo era una niña tan inocente que para mí eso era cruel porque me maltrataban así, entonces ella no me hacía caso, “mentirosa”, “mentirosa” me decía y me empezó a llenar de rencores, esta señora no sabe cómo me hace sufrir porque este señor me pegaba en la cabeza, así, tan grande era el odio hacia mí que me pegaba sin nada. Entonces allí es donde me empecé a llenar yo de odio, pasó un día que el hijo mayor de mi mamá, te lo digo así porque yo no lo quiero, no es mi

hermano y no lo quiero, entonces había crecido con lujos y todo, y era un niño fresa, creado en los mejores colegios de San Salvador y, se había hecho malcriado, vagabundo ..., entonces él se fue para la casa de nosotros con mi mamá, se fue llorándole que ya no quería estar con el papá porque lo maltrataba, y si el papá lo maltrataba es porque andaba de callejero, andaba en la calle, entonces claro tenía razón el papá de maltratarlo, mi mamá al ver las lagrimas y las suplicas de su hijo que nunca lo pudo tener a su lado aceptó tenerlo, hicieron un cambio, el hijo se fue con mi mamá y a mí me mandaron el papá.” (Katia)

Es evidente el ligamen que existe entre la figura de este hermano y el padre (de una misma extracción social e igualmente “pedantes” a los ojos de Katia). Nombrar a la madre, el padre, y el hermano como “ese señor”, “esa señora” y “el hijo de mi mamá”; pone evidencia unas relaciones primarias debilitadas donde los personajes familiares comienzan a hacerse extraños. En los tres casos hay un desconocimiento del vínculo que une a estas personas con Katia. La aceptación de este hermano de Katia en la casa de su madre provoca su expulsión, hacia la casa de su padre, lo que puede augurar un momento de crisis que en efecto ocurrió. Katia finalmente escapa de la casa de su padre y se vuelve a vivir a la casa de su madre, sin embargo, el vínculo entre las dos se encuentra muy deteriorado, Katia percibe que cualquier vínculo que se realice será de agresión por lo que resuelve encerrarse por medio de una “barrera”, lo cual coincide con su “salida del pasaje” y el ingreso al consumo de drogas:

“...yo me forme una *barrera* y de que nadie me va a decir, ya nadie me va a ofender, ya no voy a dejar que nadie me pisotee, y así empezó, desde entonces comencé a crearme esa barrera y por eso quizá la gente me crítica porque tenía cara de brava porque así me hice mi barrera y así la tengo.

Y entonces empezó mi mamá que vos sos una odiosa, sos una loca, sos una envidiosa, sos una aquí, cosas que jamás en mi vida me había dicho y empecé a tenerle más odio, más odio, más odio y mi hermano me maltrataba más, me maltrataba más...

...pasaron los 10, 11 años, entonces yo me empecé a involucrar también, ya *me salí del pasaje*, ya empecé a conocer otra clase de amistades no, amigas y me empecé a drogar.” (Katia)

“Salirse del pasaje” evoca directamente aquella idea idílica en la cual estar contenida en una serie de relaciones post figurativas, que si bien no aludían a su familia inmediata, eran exitosamente sustituidas por los padres y madres de sus amigas y amigos. Al salir de este esquema de relación Katia comienza a desarrollar una serie de relaciones cofigurativas, que tienen como centro el consumo de drogas, sobre todo de pastillas, este desemboca en que la echen de la escuela, a pesar de que los años anteriores ella fuera una buena alumna. Posteriormente se reincorpora a la escuela y logra terminarla y entra al colegio y es allí donde conoce a las personas de la pandilla Barrio 18 St en un proceso en que media la seducción de estilo:

“... ya estaba por cumplir los 14, [...] y allí en el Instituto donde yo estudiaba llegaban pandilleros ya de pandillas pandillas, de la 18, como los nacionales se llevaban con la 18, y los técnicos se llevaban con la de MS¹⁹ [...] yo todavía no pertenecía, pero yo los veía, la veía ella con peinado así, bien pintada, bien tumbada, bien macha que ella pasaba y nadie decía nada, todos agachaban la cabeza, y todos el gran respeto que le tenían a ella, y yo decía puya así quisiera ser yo, que todo respeten, que nadie tenga el pensamiento siquiera de faltarle al respeto, yo empecé aquella onda y aquella onda, y los ví y empecé hablarle a los *home boys* porque ella era más seria y si le tenía un poco de miedo, porque ya había oído hablar cosas de ella, que ella mataba y todo eso.” (Katia)

El otro elemento a resaltar en este relato es el tema del “respeto”. En un momento de crisis como el que está viviendo Katia, donde declara una desvalorización profunda, se hace fundamental la ideal del respeto que permita recuperar el terreno de

¹⁹ “Técnicos” y “nacionales” designa la división de colegios de especialización y académicos en El Salvador, sobre esa división se construyen dos identidades colegiales que constantemente entran en conflicto de índole violenta, la versión de Katia de que los técnicos y nacionales se dividen según pandillas es discutible según el estudio de Savenije y Beltrán (Cf. Savenije y Beltrán, 2005).

la valoración que ha sido dañana. Katia ha encontrado un modelo cofigurativo, mediante el cual reconstruir su vinculación primaria.

4. EL PASADO NEGADO: CULTURA E INSTITUCIONALIZACIÓN EN LAS VIDAS DE KATIA, HÉCTOR Y MAURICIO (A MANERA DE CONCLUSIONES)

Aplicando un marco de interpretación que no intenta convertir la relación primaria en paradigma de relaciones performativo, se obtienen resultados interesantes. Las narraciones que Katia, Mauricio y Héctor hacen de sus vidas, pone de manifiesto una serie de vivencias, que podemos entender como apropiaciones generacionales de procesos históricos por los que ha atravesado El Salvador contemporáneo. Procesos como la guerra civil, la migración trasnacional y la emergencia de las pandillas juveniles como un actor social determinante, han sido vividos generacionalmente por estas tres personas.

Todo ello ha implicado el sufrimiento de una serie de procesos que marcaron decididamente su relación postfigurativa. Las figuras adultas desaparecieron o las hicieron desaparecer durante su niñez. Sea por el asesinato abierto como el caso de Héctor; por la combinación de este con la imposición de la estructura social que, en el caso de Mauricio, aleja a la madre de todo su proceso de relacionamiento primario al tiempo que asesinan a su padrastro; o por la agresión doméstica que sufrió Katia. Esta desaparición ha implicado el exilio tanto del propio país (Héctor y Mauricio) como de la propia casa (el caso de Katia).

Pero el desplazamiento geográfico va acompañado de uno más radical: el desplazamiento del pasado. El pasado, representado en las relaciones postfigurativas se anula como posibilidad, es un pasado negado. Ninguna de estas personas realizó una decisión personal de negar su pasado, sino que diferentes circunstancias de la vida social, fueron cercando su horizonte de decisiones. Esto se agrava en la medida que hablamos de niños y niñas. Por su posición en la estructura social, su edad, y el desarrollo de sus capacidades, los niños y las niñas tienen, de todas maneras, un

horizonte de decisión estrecho y delimitado férreamente por las opciones que les dan las personas adultas, pero en estos casos, debemos agregar a ello un desentendimiento de las personas adultas de los niños y las niñas que tenían a cargo. Es decir, el horizonte de posibilidad trazado por las personas adultas desaparece y Katia, Mauricio y Héctor, se ven en la necesidad de decidir qué hacer, sin tener la legitimidad social para hacerlo. Quedan entonces atrapados entre una relación primaria erosionada y una sociedad que no les da mayor legitimación por su edad. Generacionalmente esto desemboca en una imposibilidad de comunicación con generaciones adultas, que se resuelve como negación del pasado representado en la relación postfigurativa.

Esto representa lo que Mead (1997) llama una “migración en el tiempo”, los exilios geográficos se convierten también en exilios temporales, en la medida que la generación se siente aislada de sus padres. Tal vez esa “barrera” que Katia decidió construir a su alrededor, ante la insatisfacción provocada por la relación primaria, sea lo que mejor representa esta generación aislada en el tiempo.

Sin posibilidad de construirse en relación post figurativa recurren a estrategias de relacionamiento primario que cruzan por lo cofigurativo. Siendo que los adultos ya no dan respuestas para el mundo que los rodea, niños, niñas y adolescentes comienzan a verse entre sí y a explicarse el mundo de acuerdo a sus parámetros. Por ello el orden institucional representado en sus padres se vuelve cada día más ilegítimo, es un pasado que carece de inteligibilidad para el mundo del presente representado por esa generación pionera que ha sido exiliada el orden social.

Contrario a la teorización de Mead, las pandillas no son estructuras cofigurativas exitosamente previstas por un sistema postfigurativo que la asimilará eventualmente (como podría verse el sistema educativo por ejemplo). Este tipo de configuración se basa en ignorar del todo el orden institucional que representan los padres. En las vidas de Mauricio, Katia y Héctor; el orden institucional en el que estaban siendo socializados fue arrancado de cuajo por una serie de eventos que *rompieron* el vínculo primario, en algunos casos de forma abrupta (como la masacre que presenció Héctor); en otros en

un proceso paulatino, como la crisis en la que se sumió Katia, o la ausencia de la madre de Mauricio debido a su carencia económica que la obligaba a trabajar (“ella siempre trabajando”). En estos casos el orden postfigurativo es responsable de estas rupturas pero no las ha planeado, lo que en términos de relacionamiento se traduce como un desconocimiento del orden social, sin que sea posible una previsión de esta crisis.

La distancia llevada al extremo se convierte en aislamiento. Los aislamientos geográficos se corresponden entonces con aislamientos de significado en los cuales los sujetos inventan un mundo social a partir de los parámetros de la configuración. En este caso, el recurso del *estilo* se torna fundamental para entender estos mundos de agregación que toman forma en la adolescencia. La seducción que Katia, Mauricio y Héctor sienten hacia el *estilo*, da cuenta de la importancia de la cultura juvenil en la construcción configurativa del mundo.

Industria cultural y cultura juvenil, son dos formaciones sociales con amplias diferencias y una relación caracterizada constantemente por la pugna. Mientras que la cultura juvenil se reivindica como una organización que escapa siempre al mercado juvenil, este mercado depende íntimamente de la actualización estética de la industria cultural (Zúñiga, 2006). Lo cierto es que una y otra de las formaciones contribuyen (de manera contradictoria) a formar las tendencias estilísticas que caracterizan a la juventud. Las pandillas, como cultura juvenil, no escapan a estas tendencias. La seducción que documentan nuestros informantes depende de una socialización estética en una industria cultural, que indica que eso que se ve en el parque o a la salida de la escuela es una pandilla. Como hemos visto esto tiene una serie de valoraciones que lleva aparejada (infundir respeto, solidaridad, etc.) que identifican con la forma de vestir de estos sujetos.

Pero hay un segundo elemento que habría que rescatar, la industria cultural se basa en el criterio de la “moda” para vender. La moda:

“... no se limita a la vestimenta, consiste en una lógica temporal que regula los cambios y reemplazos en las preferencias de los sujetos sociales [...] Como tal está signada por la actualidad: se trata del constante

predominio de lo resiente sobre lo antiguo, del encumbramiento de lo novedoso sobre el pasado” (Margulis y Urresti, 1996b, p. 134).

En este sentido la industria cultural encuentra un asidero fértil en una generación exiliada (temporal y geográficamente) de su pasado. La comunicación que la industria cultural pueda generar con estos sujetos está relacionada directamente con su capacidad de inventar estrategias para acompañar el aislamiento social mediante mensajes cofigurativos.

Entonces, no es toda la sociedad la que se desvanece frente a este relacionamiento cofigurativo. Se desvanece el sector de la sociedad que basa su existencia en la legitimidad postfigurativa. La industria cultural por el contrario se basa en una estrategia (la moda) que pasa justo por la ausencia de pasado, en este sentido logra una comunicación efectiva con una generación que intenta construir su relacionamiento primario a partir de lo cofigurativo.

¿Qué tan sostenible es este relacionamiento primario conforme va pasando la vida? ¿puede extenderse este tipo de relacionamiento primario más allá de la adolescencia? ¿La sociabilidad fundada en la estrategia cofigurativa permite generar una sociedad a largo plazo? El análisis de los momentos posteriores de la vida de estas personas permitirá dar una respuesta a este tipo de planteamientos. En lo inmediato quisiera dedicarme a explorar la idea de si esta generación que queda presa de su presente, devuelve la negación de pasado como negación del presente en dinámicas violentas de eliminación mutua.

REFERENCIAS

Bastos Amigo, S. (2007). Familia, género y cultura. Algunas propuestas para la comprensión de la dinámica de poder en los hogares populares. En: Robichaux,

- David (comp.), *Familia y diversidad en América Latina. Estudios de Casos* (pp.103-132). Buenos Aires, CLACSO
- Berger, P.y Luckmann, T. (1972). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrurtu Editores.
- Bourdieu, P. (2001). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- Bourdieu, P. (2007). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourgois, P. (2005) Más allá de la pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador. En: Ferrándiz F. y Feixa C. (eds.). *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia* (pp. 11-34). Barcelona: Anthropos.
- Carranza (2004) Políticas juveniles y rehabilitación de mareros en El Salvador. En: ERIC, IDESO- UCA, IDIES- URL, IUDOP- UCA (Vol. III), *Maras y Pandillas en Centroamérica: Políticas juveniles y rehabilitación* (pp.15-89). San Salvador: UCA Editores.
- Cerbino, M. (2004). *Pandillas juveniles. Cultura y conflicto de la calle*. Quito: Abya Yala/ El Conejo.
- Comisión de la Verdad. (1993). *De la locura a la esperanza: La guerra de 12 años en El Salvador*. San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Cruz, J. M. (2005). Los factores asociados a las pandillas juveniles en Centroamérica. *Revista Eca*. Nov-Dic. 2005. 685-686.
- Cruz, J. M. y Giralt, M. S. (2001). Las Maras en El Salvador. En: ERIC, IDESO- UCA, IDIES- URL, IUDOP- UCA (Vol. I), *Maras y Pandillas en Centroamérica* (1ª ed., pp. 15-108) Managua: UCA Publicaciones.
- Demoscomía S.A (2007). *Maras y Pandillas, comunidad y policía en Centroamérica. Hallazgos de un estudio integral*. ASDI/ BCIE.
- Dunkerley, J. (2001) El Salvador desde 1930. En: Bethell, L. (ed.). *Historia de América Latina (América Central desde 1930)* (pp. 87-114). Cambridge, Cambridge University Press; Barcelona, Editorial Crítica.

- Erdheim, M. (2003). *La producción social de inconsciencia. Una introducción al proceso psicoanalítico*. México: Siglo XXI.
- ERIC, IDESO- UCA, IDIES- URL, IUDOP- UCA (2001) (Vol. I), *Maras y Pandillas en Centroamérica*. Managua: UCA Publicaciones.
- Figueroa Ibarra, C. (1993) Centroamérica: Entre la crisis y la esperanza (1978-1990). En: Torres-Rivas E. (ed.) (Vol. 6 Historia Inmediata), *Historia General de Centroamérica* (pp. 35-84). San José: FLACSO.
- Gil Montero, Raquel. ¿Métodos, modelos y sistemas familiares o historia de la familia? En: Robichaux, David (comp.), *Familia y diversidad en América Latina. Estudios de Casos* (pp. 77-101). Buenos Aires, CLACSO
- Hall E. et al. Subcultures, cultures and class: a theoretical overview. En: Hall, Stuart y Jefferson, Tony. (2000). *Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain* (pp. 9-75). Nueva York, US: Routledge.
- Hinkelammert, F. (2003). *El sujeto y la ley. El retorno del sujeto reprimido*. Heredia: EUNA
- Hinkelammert, F. (2007) La reconstitución del pensamiento crítico. En: www.pensamientocritico.info, consultada 23 de abril de 2008.
- López Vigil, J. I. (1992). *Las mil y una historias de Radio Venceremos*. San Salvador: UCA Editores.
- Magazine, Roger (2007) Los niños de la calle en ciudad de México: un marco alternativo para su estudio. En: Robichaux, David (comp.), *Familia y diversidad en América Latina. Estudios de Casos* (pp. 239-254). Buenos Aires, CLACSO
- Margulis M. y Marcelo U. (1996a). La juventud es más que una palabra. En: Margulis, M. (ed.). *La juventud es más que una palabra* (pp.13-31). Buenos Aires: Biblios.
- Margulis M. y Marcelo U. (1996b) Moda y juventud. En: Margulis, M. (ed). *La juventud es más que una palabra* (pp 133-147). Buenos Aires, Biblios.
- Martín-Baró, I. (2004) *Sistema, grupo y poder. Psicología Social desde Centroamérica (II)*. San Salvador: UCA Editores.

- _____. (2007). *Acción e Ideología. Psicología Social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Mead, M.(1997). *Cultura y compromiso. Estudio sobre la ruptura generacional*. Barcelona: Gedisa.
- Menjivar Ochoa, R. (2008) *Tiempos de locura. El Salvador 1979-1981*. San Salvador: FLACSO El Salvador/Índole editores.
- PNUD (2005). *Una mirada al nuevo nosotros. El impacto de las Migraciones. Informe de Desarrollo Humano*. San Salvador: PNUD.
- PNUD (2007). *Migraciones, cultura y ciudadanía en El Salvador*. Cuadernos sobre Desarrollo Humano No 7. San Salvador: PNUD.
- Robichaux, D. (2007) Diversidad familiar en América Latina: perspectivas multidisciplinares. En: Robichaux, David (comp.), *Familia y diversidad en América Latina. Estudios de Casos* (pp. 11-23). Buenos Aires, CLACSO.
- Rodgers, D. (2003) Youth Gangs in Colombia and Nicaragua- New forms of violence, new theoretical directions? En: Rudqvist, A. (ed). *Breeding Inequality-Reaping Violence. Exploring Linkages and Causality in Colombia and Beyond* (pp. 111-133). Suecia: Collegium for Development Studies.
- Rojas Wiesner, M. L. Lo biográfico en sociología. Entre la diversidad de contenidos y la necesidad de especificar conceptos. En: Tarrés, M. L. (coord.). *Observar, Escuchar y Comprender sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. (pp. 171-200) México: FLACSO- México/ Colegio de México.
- Salazar, A. 2002a. *No nacimos pa´semilla. La Cultura de las bandas juveniles de Medellín*. Bogotá: Planeta.
- Savenije, Wim (2006). Las pandillas transnacionales Mara Salvatrucha y Barrio 18st.: Una tensa combinación de exclusión social, delincuencia y respuestas represivas. En Lesser T., et al (eds.) *Intra caribbean Migration and the Conflict nexos* (pp. 205 228) Ottawa: University of the West Indies and OIM
- Savenije, W.; Beltrán, M. A. (2005) *Compitiendo en Bravuras. Violencia Estudiantil en el área metropolitana de El Salvador*. San Salvador: FLACSO-El Salvador.

- Smutt, Marcela y Miranda, Lissete. (1998) El Salvador: socialización y violencia juvenil. En: Ramos, Carlos Guillermo (ed-coomp.). *América Central en los noventa: Problemas de juventud* (pp.151-188). San Salvador: FLACSO- Programa El Salvador.
- Tishler, S. (2005). *Tiempo, memoria y sujeto*. Guatemala: FyG editores.
- Torres-Rivas, Edelberto (1993) La sociedad: La dinámica poblacional, efectos sociales de la crisis, aspectos culturales y étnicos. En: Torres-Rivas E. (ed) (Vol 6 Historia Inmediata), *Historia General de Centroamérica* (pp. 163-204). San José: FLACSO.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2007). "La mara es mi familia". En: Valenzuela Arce, José Manuel; Nateras Domínguez, Alfredo; Reguillo Cruz, Rossana (eds.). *Las maras: identidades juveniles al límite*. (pp. 33-63). México: UAM/Colegio de la Frontera Norte.
- Zúñiga Núñez, M. (2006) *Cartografía de otros mundos posibles: el rock y reggae costarricense según sus metáforas*. Heredia: EUNA.